

SUMARIO

Crónica general, por Niemand; pág. 129.—Pedro A. Berenguer, por don Francisco Barado; pág. 131.—Reformas militares, II, por El capitán Subrio Escápula; pág. 133.—Marchas de resistencia (conclusión), por don A. P. C., primer teniente del Regimiento de Treviño; pág. 139.—Revista de la prensa y de los progresos militares; pág. 143.

Pliego 17 y 18 del tomo III del DICCIONARIO DE CIENCIAS MILITARES, por don Mariano Rubió y Bellvé, comandante de Ingenieros.

ESTUDIOS SOBRE LA DIRECCIÓN DE TROPAS, por J. V. Verdy du Vernois, general de Infantería, traducidos del alemán por el Marqués de Zayas, comandante de Estado Mayor. Pliegos 2 y 3 del cuaderno primero.

CRONICA GENERAL

UN SISTEMA DE ADMINISTRACIÓN, MUY CORRIENTE. — EL RÉGIMEN DE LA DESCONFIANZA. — MONTAÑAS DE PAPEL Á QUE DA LUGAR. — LOS TRANSPORTES SIN LISTAS DE EMBARQUE EN ALEMANIA. — LO QUE NO COMPRENDEN LOS PAPELISTAS. — UNA MARCHA DE RESISTENCIA DE LA INFANTERÍA RUSA.

El régimen de la desconfianza, en la administración de las grandes colecti-
vidades, á la par que produce complicaciones inútiles, no satisface á ningún es-
píritu serio, de modo que no resuelve nada, y en cambio, causa muchas moles-
tias. Dicho régimen parte del principio de que el que ejecuta un servicio es, di-
gámoslo en crudo, un amante de lo ajeno. En este concepto, para poner corta-
pisas á sus *hazañas*, se le exigen multitud de papeles, comprobantes, estados, et-
cétera, etc., creyendo que así ya no podrá dar pábulo á sus aficiones y que, de
sér inmoral que era, se convertirá en un un santo varón, de grado ó por fuerza.

En esta teoría, á todas luces falsa, se funda una de las más copiosas fuen-
tes del *papeleo*. En los cuerpos armados, por ejemplo, cuatro extractos de re-
vista, con doscientas mil relaciones y justificantes—seguramente para demostrar
que no tienen aquellos nada de *extractos*—se exigen para acreditar los haberes
del personal, sin que nadie quiera comprender la inutilidad de esa montaña de
papel que mensualmente se escribe para justificar reclamación de los haberes
correspondientes. Un par de pliegos de papel sobrarían para ello, si cada uno
de los escalones administrativos que tienen que ver en el asunto no partiera
de la base de la desconfianza; no haciéndose cargo de que, si un cuerpo ar-
mado quisiera tener *plazas supuestas* y el comisario consintiera en el abuso, y
la autoridad militar local no advirtiera el fraude ¿iban á ser tan cándidos los au-
tores del desaguizado de no enviar los papelitos muy corrientes á la Interven-
ción general de Guerra y al Tribunal de Cuentas?

El régimen de la desconfianza no respeta, por lo regular, nada ni á nadie.
Triplicada cuenta de este fondo, cuadruplicada relación de aquellos objetos,
demostración de las hojas que tiene el libro que se va á adquirir, dos docenas
de ajustes para cuatro raciones. Muchos papeles, muchas firmas, mucho aparato,

respeto grande á la forma de las cosas, sin preocuparse para nada de la naturaleza del fondo.

Los amantes de este régimen de la desconfianza se asustarían leyendo la orden relativa á los transportes de movilización, que recientemente se ha dictado en Alemania. Mientras que en nuestro país, para mover un pie, se necesita una resma de listas de embarque, cada una con media docena de firmas, en Alemania se acaba de mandar que, en caso de movilización, todos los individuos que han de incorporarse á las filas podrán hacerlo en los trenes de ferrocarriles ó en cualesquiera otros sistemas de transportes de tracción mecánica, sin necesidad de presentar siquiera el billete que de ordinario se da á los viajeros. Nada, pues, de papeles, ni firmas, ni otras zarandajas: para viajar, para concurrir al punto á donde á uno le llaman, sencillamente, montar en el tren. Los que tengan pasaporte, lo exhiben, los que no lo tienen, por pertenecer á la *Landsturm*, manifiestan verbalmente el objeto de su viaje. Sólo los voluntarios que quieran tomar parte en la campaña enseñan una declaración de la alcaldía en que conste el motivo de la *excursión*.

¡Cómo!—exclamaría seguramente algún papelista, si los papelistas leyeran estas cosas.—¿Es posible que el Estado abone, sin relaciones ni listas, el pasaje á las compañías?—Sí señor, es posible: el ministerio de la Guerra, en vista del total de los hombres incorporados, y de los cuadros generales de movilización calcula los *hombres kilómetros* que ha de pagar, y paga.

No nos empeñemos en explicar qué sistema es el mejor. Antes de la invención del papel había, por lo menos, la misma proporción de hombres honrados que hay en la actualidad. La teoría de que una cuenta es legítima cuando está bien acompañada de los comprobantes *reglamentarios*, lejos de levantar la moral de las colectividades, la hace turbia; moral de papel pintado, cuyo honor reside en el fondo de un tintero. En el ejército, en el que cada cual conoce á su vecino, la mejor administración es la que arroja á puntapiés, del seno de la familia militar, á la manzana podrida. Los papeles y los estados, ó son inútiles, ó constituyen el salvaconducto del irregularizador.

* * *

En esta época de paseos militares, no es inoportuno citar el *paseito* que realizó durante este último invierno un regimiento ruso. El 18 de febrero entraba solemnemente en Strietensk (Transbaikalia) el regimiento de infantería de Strietensk, de regreso de la Mandchuria. Este regimiento formaba parte de la columna *Rennenkampf*, enviada de Blagovieschtchensk á Tritsikar, y se distinguió particularmente en el ataque de los desfiladeros del Gran Khingan. La marcha de regreso de este regimiento duró treinta y seis días, durante los cuales recorrió una distancia total de más de 1.000 kilómetros, es decir, á razón de 30 kilómetros por día. El termómetro marcaba temperaturas mínimas de -37° y hasta de -55° centígrados (así lo leemos), y la tropa llevaba un equipo y armamento completo, siendo de notar lo penoso que es llevar el fusil cuando reina un frío intenso. La velocidad de marcha fué de 5 kilómetros por hora, y las comodidades de que disfrutaba la tropa en los puntos de etapa no era por cierto envidiable, pues el santo suelo les solía servir de cama.

Pues bien, á pesar del esfuerzo físico que supone llevar á cabo esta notable marcha de resistencia, la salud del soldado fué por lo general excelente y *su moral perfecta*. A la llegada al punto de su habitual residencia, una salva hecha con los cañones tomados á los chinos demostró el júbilo con que el regimiento ponía fin á esta expedición verdaderamente notable, que el propio regimiento había realizado en sentido inverso, durante la época de los fuertes calores.

Indudablemente, afirma esto lo que decíamos no hace muchos días: el aire del campo vigoriza moral y materialmente el ejército. El soldado que se mueve es otro soldado que el que pasa las horas muertas en los cuerpos de guardia y aprovecha los momentos de libertad para embrutecerse, sobre todo en las grandes capitales, en los lupanares que tanto abundan en las cercanías de los cuarteles. Pena da, en nuestro país, que, por multitud de causas, el soldado haya de estar aherrojado á la puerta de cárceles, tesorerías y otras *fortalezas*, siempre guardando á españoles contra españoles, siempre ahuyentando peligros interiores, jamás pudiéndose preparar con desembarazo para ser lo que únicamente debiera: salvaguardia de la Patria.

NIEMAND.

4 de mayo de 1901.

PEDRO A. BERENGUER

Pocos serán los militares que no conocieran el docto escritor que acaba de desaparecer de nuestro lado; ninguno seguramente de los que visten el uniforme de la infantería, que tanto honró el difunto Berenguer. Su corta y aprovechada existencia consagrada fué por entero al Ejército; y los numerosos discípulos que dejó son el mejor testimonio de aquella labor fecunda y constante. Hombre dotado de clarísima inteligencia y de poderosa voluntad, entusiasta como pocos por la profesión y muy poseído de su deber, Berenguer fué un maestro en toda la acepción de la palabra. Reunía muy variada cultura, sobresaliendo en ciencias como en bellas artes; conocía á fondo algunos idiomas, y en punto á milicia, consagraba por igual su cuidado así á cuanto se refiere al arte y á la historia, como á la enseñanza militar. Profesor durante largos años en la Academia de Toledo, y más tarde en la Escuela superior de Guerra, á la enseñanza y á sus métodos consagró sus desvelos, y á ella, en los últimos días de su aprovechadísima existencia, sus cuidados. Recuerdo haber leído hará cosa de dos años, en la *Revista Contemporánea* y en los *Estudios militares*, unos notabilísimos trabajos de Berenguer relativos al Real Colegio militar de Lisboa, dignos por cierto de ser tenidos en cuenta por cuantos á la enseñanza militar se consagran, y recuerdo haberle oído exponer, tocante á este particular, ideas fruto de un estudio detenido, que avaloraba su talento observador y su probada experiencia.

¡Pobre Berenguer! Su alma era una alma afanosa de bien, su espíritu volaba muy alto, era llama que ilumina y consume. Y esos anhelos y esa labor constante de la inteligencia concluyeron con él, en la edad mejor de la vida. Le conocí en 1881, en la *Revista militar española*, que publicaba el *Depósito de la Gue-*

rra, y desde entonces nos unió una buena amistad, acrecentada en el transcurso de los años. Desde aquella fecha no cesó de dar á la estampa obras originales y traducciones hechas á conciencia, como la del libro de Marselli, *La guerra y su historia*, ilustradas con notas críticas y curiosos apéndices, como la *Táctica general*, de Renard, y como la *Historia de Beltrán Duguesclín*, que por tratarse de una crónica francesa del siglo xiv, suponía gran dominio del idioma. Más tarde pude apreciar en las páginas de *La Guerra y el Arte* los conocimientos histórico-artísticos y arqueológicos de Berenguer, que á sus cualidades de escritor unía las de dibujante. Por sus estudios relativos al arte é historia de España, las Reales Academias de San Fernando y de la Historia le nombraron su corresponsal é individuo de la comisión de monumentos de Toledo, y por ellos también académico correspondiente de la Real asociación de arquitectos y arqueólogos portugueses.

Pero la labor á que con preferencia se consagró fué la docente. Sus *Notas de historia militar*, escritas en colaboración con Modesto Navarro; sus *Lecciones de geometría analítica* y sus *Lecciones de geometría intuitiva* son testimonio de ello. Fuera de esto, en numerosos artículos puso de manifiesto las nuevas orientaciones de la pedagogía y el verdadero alcance de la educación moral de la juventud que á las armas se dedica. La traducción del hermoso libro de Corsi, hecha con aquel *amor* que Berenguer ponía en esta clase de trabajos, es fruto regalado de aquellos sus grandes entusiasmos por la enseñanza. Creía Berenguer, como creemos cuantos miramos en la educación moral la piedra angular de nuestras especiales instituciones, que hay que formar el corazón como la inteligencia, que hay que hacer espíritu á la par que ejercitar el intelecto; que debemos preparar á nuestra juventud para las formidables luthas del presente educando á la voluntad y adiestrando el entendimiento. Hacer hombres, hacer soldados ante todo y sobre todo. Luego hacer que estos hombres sean *hombres de su tiempo*, conocedores perfectos del medio social en que viven, aptos *por la cultura*, para la misión que el Estado les confía. Este era el ideal de Berenguer, el ideal á que todos debemos aspirar y en el que hay que cifrar toda esperanza de regeneración y de mejora. Berenguer lo propagó con su palabra y con su pluma.

Fuera de esto, y dando rienda suelta á sus aficiones, Berenguer consagró sus ocios—si es que ocios tuvo en su vida—al estudio de nuestros matemáticos, y su obra inédita concerniente á los mismos, aunque incompleta, constituye otro de los timbres que abrillantan la vida de nuestro inolvidable compañero.

No he pretendido escribir su biografía; sólo sí trazar unos renglones dedicados á su memoria. Vivirá ésta en sus escritos, y vivirá sobre todo en el corazón de algunos centenares de oficiales que asistieron á sus lecciones. Será ejemplo hermoso que imitar y será prenda inestimable para todos sus compañeros. El ejército le contará entre los que más le honraron; la infantería en el número de sus maestros y de sus escogidos.

FRANCISCO BARADO.

Madrid, 3 de mayo de 1901.

REFORMAS MILITARES

II. — EL RECLUTAMIENTO DE LOS OFICIALES.

Estudiado, aunque ligeramente, en el artículo anterior, el modo cómo se desenvuelve en tiempo de paz el servicio militar, habrase visto que los rutinarios imperantes, lo sedentario de la vida impropriamente llamada militar y la falta de estímulo y ocasión para que en las diversas jerarquías nazca y se desarrolle el entusiasmo, la iniciativa y el amor á la profesión, son sin disputa una de las causas que contribuyen á que, en el concepto público, no goze el Ejército del prestigio que siempre debe rodearle. Y no puede achacarse este triste resultado á los deplorables desastres coloniales que tanto han contribuido al descrédito de la nación, pues aparte de algunos errores y desaciertos, inevitables en todas la campañas y en todos los países, el Ejército, como colectividad, dió repetidas pruebas de abnegación y patriotismo; más tarde procedió con rapidez y energía, no igualadas y podríamos decir ni emuladas siquiera por ningún otro organismo, á expulsar de su seno á elementos indignos de pertenecer á él; y por último sufrió y sufre, sin la menor queja, antes con gusto, los mayores sacrificios, como son la paralización de las escalas y la imposición de crecidos descuentos, en aras del bien general.

Otras muy distintas son la causa del desconcepto en que se le tiene, muy complejas é íntimamente ligadas entre sí y con el actual estado de la sociedad, por lo que nos limitaremos á reseñar las más importantes.

Sabido es y ocioso es repetirlo que la carrera de las armas impone á los que la ejercen los mayores sacrificios, les obliga a prescindir á menudo de sus más caras afecciones personales, condénalas á una eterna movilidad, de la que no se ven libres ni aun en aquella edad en que el hombre ama el reposo, y todo esto, no por el logro y consecución de beneficios materiales, sino por el culto al honor, y por la satisfacción puramente psíquica de cumplir con sus elevados deberes. De aquí se sigue que no basta la ilustración ni la instrucción para ser buen oficial, ni hallarse dotado de gran resistencia física, ni tener arraigado el hábito de la obediencia; sino que es preciso hallarse dotado de cualidades morales que le impulsen á cumplir sus deberes, sin que para ello entre para nada en cuenta la ventaja material que pueda resultar ó el perjuicio que se le irroge; claro es que esto lleva consigo que la situación del militar sea tal que nunca ó casi nunca puedan pesar en su conducta las necesidades y atenciones que, como hombre que se ha creado una familia, debe atender y satisfacer.

Empezando por las dotes morales que deben adornar al oficial, nacen con el individuo, adquieren cuerpo y se modifican en la niñez y en la adolescencia, y se afirman y consolidan para siempre en la juventud. Desde este punto de vista, del de la formación de caracteres honrados, rectos, justos y elevados, la verdadera misión educadora no debe buscarse en las academias militares, universidades, ni otros establecimientos de índole análoga; reside en el seno de las familias, si bien en aquellos centros de instrucción se complementan algunas cualidades, se corrigen otras en parte y se desenvuelven las demás; pero, lo repetimos, los grandes rasgos del ser moral, que perdurarán toda la vida, hállanse ya más ó menos manifiestos, pero no por esto menos robustos, cuando el joven emprende una ca-

rrera. Si para llegar á la meta de la primera aspiración de la juventud, poseer un despacho, un título académico, un medio de llenar los deseos y los impulsos de las propias facultades y asegurarse el porvenir, se sometiera al educando á un régimen que le obligara á dar muestras de todas las condiciones que más adelante ha de poner en ejercicio, sin coartarle para que las revelara inconscientemente, sin duda el ejército, como todos los organismos y profesiones, poseería un personal idóneo y escogido y no habría que preocuparse respecto de este particular; pero desgraciadamente no es así, ni será en muchos años, porque ello llevaría consigo reformas radicales en los sistemas educativos y de enseñanza, que exigen un gran lapso de tiempo y hasta las variaciones de las costumbres.

Por punto general, hoy el muchacho que logra ingresar en una academia militar, sin que para ello se haya tenido en cuenta si posee las cualidades necesarias para ser buen oficial, ha sellado definitivamente su porvenir, y en lo sucesivo, aunque comprenda que se ha equivocado, seguirá vistiendo el uniforme, con perjuicio suyo y desventaja para la colectividad.

¿Qué pruebas se exigen para escoger el plantel de futuros oficiales? Traducir medianamente el francés, haber cogido un lápiz para copiar un dibujo, y saber, más ó menos rutinariamente y á menudo á copia de muchos años, las matemáticas elementales. Nada de los antecedentes de familia, nada de sus cualidades morales, nada de sus hábitos, de sus costumbres, del examen del medio ambiente en que se han desarrollado los primeros años de su vida, aquellos que han servido para moldear su corazón y formar su conciencia. Por otra parte, lo corto, relativamente, de la duración de la carrera, la obtención pronta de un sueldo, que permita á los padres desentenderse de los hijos y á éstos realizar su voluntad, en primer término, y en segundo lo vistoso de los atavíos militares y la dulce esperanza de lograr el más absoluto reposo intelectual tras de algunos años de sacrificio, son, de ordinario, las causas determinantes de que la mayoría de los jóvenes que ingresan en las academias se decidan por la carrera militar. Con tales premisas, hay que maravillarse de que el Ejército no se halle al inferior nivel que el sentido natural dicta, lo que debe atribuirse á lo duro del régimen de nuestras academias militares, y al medio ambiente que se respira en el Ejército, que corrige ó por lo menos obliga á esconder muchos defectos y faltas de aptitud é impone ineludiblemente por ley, por costumbre y por su propia constitución, la ley del honor.

Podrá objetarse que siendo la deficiencia que analizamos común á todas las profesiones, no hay que preocuparse seriamente de que también se verifique en el Ejército; pero á esto debemos observar que cuanto más elevadas sean las funciones del individuo, tanto más deplorables y manifiestas serán sus faltas de aptitud y sus errores, y que en la mayor parte de los individuos la carencia de cualidades para una profesión sólo les perjudica á sí mismos, pero no á la colectividad; por eso las vocaciones equivocadas, la falta de dotes y condiciones, se hacen mucho más sensibles y se ponen más patentes cuando recaen en el sacerdocio y en el Ejército, que cuando tienen lugar en personas cuyas misiones no son de carácter tan abstracto.

Si el militar ha de anteponer en todas ocasiones, por propio impulso y no por temor á las prescripciones de un código, única manera de que llene cumpli-

damente su deber en circunstancias difíciles, á su propia comodidad y conveniencia y á la de su familia, el cumplimiento de su deber que llega hasta el sacrificio de la propia vida, es de todo punto preciso que se halle siempre al abrigo de la preocupación que no puede menos de sentir quien es el único sostén de los suyos, y que sabe sumirá á éstos en la miseria en cuanto falte su jefe, ó en cuanto tenga que vivir apartado de ella realizando gastos que han de mermar los recursos de la familia. De aquí los pluses, las pensiones y las indemnizaciones de carácter análogo, que, digámoslo con entera franqueza, obedecen, tal como están dispuestas en España, más á acallar los escrúpulos y la conciencia del legislador, que á remediar de veras reales necesidades, siendo un motivo de que el lego clame contra lo exorbitante de los gastos militares, en tanto que las familias de los oficiales se ven sumidas en la indigencia.

Desde estos puntos de vista, como desde otro cualquiera que se examine la cuestión, se impone un aumento en los sueldos, en lo cual no hay que pensar siquiera mientras las desusadas proporciones de la excedencia obliguen á consumir esterilmente, si bien con justicia, un número no pequeño de millones.

Pero sería ilógico é injusto á todas luces el esperarlo todo del Estado. Este á nadie obliga á seguir la carrera militar, y aunque en compensación á lo mucho que puede exigir del oficial, se halla en el deber de indemnizarle moralmente por medio del prestigio y delicadas consideraciones, y materialmente remunerándole por sus servicios, no hay que olvidar que la mayor, podríamos decir que la única recompensa del militar, debería ser la satisfacción de cumplir sus deberes, de ser útil á la sociedad y de verse respetado, querido y ensalzado por ella.

¿Cómo pueden compaginarse el desvío que ha de sentir un buen oficial por todo lo relativo á beneficios materiales, con las necesidades perentorias de la vida y la remuneración que recibe del Estado, siempre insuficiente, por grande que sea, para indemnizar de la pérdida de la existencia y del sacrificio de la propia conveniencia y el reposo?

En nuestro concepto es de imprescindible y urgente necesidad que el problema se plantee de un modo franco, claro y en términos distintos á como se presenta hoy día.

¿Es conveniente que al ingresar un muchacho en plena adolescencia en una academia militar, vaya en busca de un sueldo y de un modo de vivir que no le fatigue mucho la inteligencia? Entonces bien están los métodos y costumbres actuales, pero no se culpe al Ejército si la cosecha no es excelente, porque siendo mediana la semilla, no basta para lograr óptimos frutos que se cultive mucho el campo.

Por el contrario ¿es conveniente que los jóvenes que abracen la profesión de las armas vayan á ella estimulados sólo por las grandes ideas morales en que debe basarse el Ejército y por el elevado concepto que del mismo ha de tenerse en la sociedad? Pues entonces hay que variar radicalmente los métodos de reclutamiento de nuestros oficiales.

Siendo punto menos que imposible que la elección entre los jóvenes reconozca por base sus cualidades morales, en primer término, y en segundo, las intelectuales y físicas, más fáciles de educar y desenvolver, hay que apelar á medios indirectos, que produzcan por otra parte no poco beneficio al Estado y al común de los ciudadanos.

Es para nosotros inconcuso el absurdo de fiar á un simple examen la elección de los futuros oficiales; con lo que jóvenes de excelentes prendas que contribuirían á enaltecer el Ejército, se ven privados de pertenecer á él, en tanto que logran fácilmente sus deseos otros de vivo ingenio, pero de espíritu inquieto y turbulento, y poco aptos para cumplir su misión. No hay ni puede haber educación militar, sin educación civil; no hay ni puede haber obediencia racional, que no degeneren nunca en servilismo, si desde los primeros años de la infancia no se ha desarrollado la vida en un medio ambiente de relativa independencia, en donde haya pocos superiores, el padre, pero á quien se respete no sólo por los lazos de la sangre, sino por su superioridad moral; es muy difícil adquirir el hábito del mando, tal que ni se humille al inferior, ni se le trate como igual, si desde la cuna se ha visto siempre altanería en deudos y allegados, ó por el contrario, baja sumisión en ellos; mas entre los dos extremos, preferible será el primero, porque de él cabrá esperar más pruebas de iniciativa y mayores impulsos que del segundo. El joven que procede de un medio donde se mire como un ser superior al oficial, y donde se tenga por una fortuna el llegar á adquirir las ventajas materiales de la carrera, será, por punto general, un mal militar, destinado siempre á verse fuera de su centro, y empleando modales y formas autoritarias con unos, y expresiones de baja adulación con otros; igualmente, el joven avezado á considerar como inferiores á cuantos le rodean, cumplirá mal sus deberes, y á menudo será un elemento nocivo, no tanto por sí mismo, como por el mal ejemplo y las comparaciones á que suele dar lugar. Es claro que hay casos en que no acontece lo que decimos y aun que ocurre lo contrario; pero para deducir consecuencias es necesario que supongamos que cada árbol da sus naturales frutos.

¿Cómo, pues, se logrará que no formen en las filas del ejército jóvenes que lleguen engañados á él, bien seducidos por oropelos ó por el acicate de un sueldo? Dificultando la carrera en los dos sentidos, es decir, exigiendo para terminarla muchas más pruebas de abnegación y mayores sacrificios pecuniarios.

Respecto del primer punto de vista no se nos alcanza porque estimándose en tres años el tiempo necesario para formar un buen soldado, basta también con igual período para obtener un buen oficial; no se nos diga que la instrucción de unos y otros es, en su origen, muy distinta, lo que permite al segundo asimilar en poco tiempo lo que cuesta largos meses al primero; porque, aparte de la enorme diferencia entre las misiones de los dos, es probable y damos por cierto que el futuro oficial logrará aprender en corto período la parte formal, la visible de la profesión, pero no la íntima, la moral, la más necesaria y que mal puede transmitirse al recluta cuando no la posee él aún por entero; podrá eso verificarse en otros países en que la disciplina social y el régimen de las familias sean más severos y más firmes que en el nuestro, pero no en este país donde esos lazos están tan relajados. El aumento en la duración de la carrera sería al cabo ventajoso para los propios oficiales, pues sobre ponerles en mejores condiciones de aptitud, elevaría ante los extraños el concepto del ejército, ya que lo difícil y costoso de alcanzar es lo envidiado y enaltecido, y no lo que se coge con facilidad. No vaya á creerse, sin embargo, que deseamos que el futuro oficial de infantería, por ejemplo, se pase seis años estudiando matemáticas; nada de esto: aumentaríamos la duración de la carrera en un año, dando mayor impor-

tancia á los estudios históricos y de carácter general, y luego, antes de que el educando ascendiera á oficial, se le obligaría á permanecer dos años en los cuerpos, con un pequeño sueldo, que no excediese de quince á veinte duros, donde prestaría servicio como auxiliar de los oficiales, haciendo guardias y desempeñando los servicios económicos y administrativos, siempre sin mando propio, sino á las inmediatas órdenes de un oficial ó del capitán; además, se le obligaría, en esos dos años, á cambiar por lo menos tres veces de guarnición, de tal suerte que antes de ascender á oficial, no sólo hubiese aprendido prácticamente los servicios, sin incurrir en responsabilidad, sino que hubiera sufrido todos ó por lo menos frecuentes contratiempos y privaciones de la vida militar, dando así muestras de lo que él mismo sería andando el tiempo, y pasando por la piedra de toque, la experiencia, antes de adoptar definitivamente su porvenir; tal vez fuera conveniente que ese tiempo pasado en los cuerpos tuviera lugar después de uno ó dos años de academia, volviendo luego á ésta para completar su instrucción; pero sea bajo de una de estas formas ó de otro modo distinto, lo esencial es que no se confiera el empleo de oficial hasta que el educando haya demostrado teórica y prácticamente que reúne condiciones para el caso y que ha pasado por pruebas verdaderas de que los móviles que le guían son principalmente de orden psicológico. Por lo demás, nada más justo que una vez admitido definitivamente el oficial, es decir, aprobado en los exámenes académicos y aceptado por el voto de los oficiales de los cuerpos donde ha servido, se le compense el tiempo de su aprendizaje, ascendiéndole á primer teniente á los dos años de empleo de segundo, y mejorando, como se estudiará en otro artículo, el sueldo de aquella clase.

La mayor duración de la carrera impone desde luego mayores desembolsos, con lo que disminuiría el número de aspirantes; pero no basta: creemos que el Estado debería exigir matrículas crecidas, reveladoras de que los futuros oficiales se hallaban en posesión de medios de fortuna que permitiesen al primero aliviarle de algunas cargas y á la vez garantizaran aquel desprecio por las preocupaciones materiales, que tan necesario como hemos visto le es al oficial.

No faltará quien se escandalize de que, empezado el siglo xx, desarrollemos unas teorías tan contrarias á la democracia, que, según dicen, es el fundamento de las modernas sociedades, y, por de contado, una de sus conquistas más preciadas; agregaremos, por nuestra parte, que no es otra conquista menor, la de que pretendemos engañarnos con convencionalismos y juegos de palabras, y de que jamás queramos entrar en el fondo de las cosas, satisfaciéndonos con reformas aparatosas, pero externas. En efecto ¿puede acaso ahora aspirar á ser oficial el joven que carece de recursos para mantenerse tres años alejado de su hogar? ¿acaso la inmensa mayoría, por no decir todos los *soldados* que suelen ingresar en las academias militares, hecho que suelen ensalzar algunos periódicos, no son paisanos disfrazados, que se ponen el uniforme por primera vez el día de los exámenes, y que han sentado plaza, bien por exceder de la edad ó no cumplir otro requisito reglamentario? Y en las academias regionales de sargentos ¿cuantos soldados hay como alumnos? ¿Es que hay paridad entre el joven que posee mil ó dos mil duros para costearse la carrera y el que, privado de bienes, ha de ingresar en un cuerpo como soldado, ascender á cabo, llegar á sargento, solicitar plaza en la academia regional y pasarse allí dos ó tres años antes de

sufrir el examen de ingreso? No hay, pues, para qué traer á colación la democracia, ni la igualdad, ni el bastón de mariscal, ni tantas frases huera como éstas; verdad que de un campesino ignorante *puede* salir un buen oficial y hasta un excelente general; no es menos cierto que de un vendedor de periódicos callejero salió un Edison; pero precisamente la excepción hace la regla; entre cien vendedores de periódicos y cien ingenieros electricistas que hayan seguido los estudios, y por consiguiente, posean previamente una cultura de que carecían los primeros, no cabe siquiera comparación; y como aquí de lo que se trata no es de que salga ó pueda salir un general, sino de obtener un buen cuerpo de oficiales que, sin ser genios, llenen cumplidamente su misión, no cabe ni siquiera discusión. Notemos, por último, que el Ejército es una institución esencialmente aristocrática, que en cierto modo y perfeccionada por la civilización participa de la organización en castas de la India, y que todo lo que no sea respetar esas diferencias, será una tarea demoleadora, de la que la nación no tardará en tocar las consecuencias.

Aumentando la duración de la carrera; sometiendo al educando á mayores estudios que amplíen su cultura general, y exigiéndole pruebas, hoy desconocidas, de que posee siquiera en embrión las virtudes militares; á la vez que imponiendo á las familias mayores sacrificios pecuniarios, se alcanzaría desde luego reclutar la oficialidad en un medio más uniforme y elevado, adquiriría la carrera un brillo que hoy no tiene, y sólo por este hecho acrecería el concepto social del Ejército, y sería apetecido el formar parte de él, como todavía ocurre en algunos regimientos.

En principio, pues, vese que no pretendemos que la plutocracia forme el nervio de la oficialidad, porque generalmente esa clase es refractaria á las privaciones y sacrificios que hemos puesto como condición ineludible para que un joven pueda ostentar los galones; sin llegar á ello, entendemos que ha de nutrirse el cuerpo de oficiales en una capa social, cuyo nivel medio sea algo más elevado que hoy y desde luego más homogéneo. Pero no basta: el interés y el bien del Ejército exige que se llamen á su seno los elementos superiores desprovistos de bienes de fortuna, y para ellos hay que establecer, no facilidades del todo ficticias, como sucede ahora, sino ventajas reales, que lleguen á traducirse en la exención de todo pago, y hasta en subvenciones importantes, equivalentes al coste de la carrera, para aquellos jóvenes que en el primero ó los dos primeros años demuestren que poseen condiciones relevantes de capacidad, de aptitud y de educación. Y como quiera que la apreciación de estos hechos no puede dejarse en absoluto al criterio, por muy acertado que sea, siempre humano, de los profesores, podrían ser garantías de acierto y condición ineludible para obtener aquellas ventajas, el haber merecido un mínimo de sobresalientes en la segunda enseñanza (que habría de ser obligatoria para todos), el poseer con buenas notas estudios y títulos superiores, y otros extremos que permiten *a priori* formar concepto del alumno, sin perjuicio que luego los profesores lo confirmen ó modifiquen, fundando sus pareceres.

No es nuestro objeto entrar detalladamente en la exposición de todos los puntos de este plan, bastando exponer las líneas generales que conceptuamos preferibles, pues el desarrollo de la idea requeriría el concurso de hombres de capacidad superior y duchos en la enseñanza y en la vida militar.

Por lo demás, independientemente del modo como el problema se resuelva, es innegable que el problema existe. Que el ejército está necesitado de reformas y que las meras variaciones de organización ó de accidentes externos, dejan en el fondo las cosas como estaban, es tan sabido que juzgamos ocioso encarecer este punto. Si se quiere poner remedio para lo porvenir hay que empezar por las academias ó, por mejor decir, por la educación de los futuros oficiales, encauzándola y dirigiéndola convenientemente, para que la nueva savia que ha de nutrir el Ejército rejuvenezca el tronco y ponga el árbol en condiciones de dar óptimos frutos. La ocasión ahora no puede ser más oportuna, pues estando en suspenso el ingreso en las academias militares, sin trastornos, sin grandes prisas, siempre inconvenientes, y sin perjuicio para nadie, pueden modificarse el régimen y los métodos por los que se rige la enseñanza militar. Para nosotros, volvemos á repetirlo, los dos puntos fundamentales en que debe apoyarse la preparación y consiguiente elección de los oficiales son: 1.º comprobación práctica de que poseen las cualidades morales necesarias; 2.º mayor coste pecuniario de la carrera, dando facilidades empero á los desprovistos de fortuna, pero de cualidades relevantes. Merced á lo primero, el Ejército contaría con elementos de todo punto aptos y dispuestos; gracias á lo segundo, el Estado resolvería con facilidad, como veremos en otro artículo, no pocos problemas económicos, y en conjunto se lograría realzar el prestigio y la consideración social del Ejército, único modo de conseguir la interior satisfacción y de que la milicia cumpla con gusto y hasta con creces su misión.

EL CAPITÁN SUBRIO ESCÁPULA.

MARCHAS DE RESISTENCIA

(Conclusión.)

Etapas, distancias y duración del recorrido.

Etapas	Puntos límites	Distancia y tiempo empleado en recorrerla	Altos para comer, dar agua, pienso y descansos
<i>Marchas de resistencia.</i>			
1. ^a	Pamplona á Logroño. . .	90 km.—11 h. 45'	6 h. 30'
2. ^a	Logroño á Burgos.	114,5 km.—14 h. 40'	9 h. 5'
3. ^a	Burgos á Valladolid.	121,5 km.—16 h. 25'	5 h. 45'
	SUMAN.	326,0 km.	
<i>Marchas de regreso.</i>			
1. ^a	Valladolid á Torquemada.	68 km.—8 h. 25'	5 h. 45'
2. ^a	Torquemada á Burgos. . .	65,5 km.—7 h. 40'	4 h. 20'
3. ^a	Burgos á Cubo.	55 km.—6 h. 10'	4 h. 5'
4. ^a	Cubo á Vitoria.	56 km.—7 h.	4 h. 5'
5. ^a	Vitoria á Alsasua.	43 km.—5 h 30'	1 h.
6. ^a	Alsasua á Pamplona.	49 km.—6 h. 45'	4 h. 45'
	SUMAN.	336,5 km.	
	TOTAL.	662,5 km.	

Velocidad en las etapas.

M A R C H A S D E			
Resistencia		Regreso	
1. ^a	7,860 km. por hora.	1. ^a	8,079 km. por hora.
2. ^a	7,950 km. id.	2. ^a	8,543 km. id.
3. ^a	7,476 km. id.	3. ^a	8,918 km. id.
		4. ^a	8,000 km. id.
		5. ^a	7,818 km. id.
		6. ^a	7,258 km. id.

El aire de la marcha ha sido: 1 kilómetro al paso y 2 al trote en la primera jornada, y 1 kilómetro al paso y 3 al trote en las dos jornadas siguientes y en las seis de regreso, excepción hecha en el trayecto comprendido entre Yrurzun y Pamplona, que se verificó la marcha al paso.

DÍAS DE DESCANSO.

Los días de descanso intermedios han sido: uno en Burgos, dos en Valladolid y uno en Vitoria.

ALIMENTOS Y CUIDADOS.

El alimento dado al ganado ha sido de 10 cuartillos de cebada repartido en la siguiente forma: 2 cuartillos por la mañana, 4 al medio día y 4 por la noche. Además, se le ha dado pan empapado en vino, alfalfa y agua en blanco, entre los piensos.

La paja se le dió en pequeñas cantidades, y el agua en cuantos sitios hubo ocasión, y echándoles para los efectos diuréticos nitro.

En los altos de alguna duración y al terminar las jornadas, se les dió siempre frías de alcohol y algunas veces también de agua caliente, en el dorso y extremidades vendándoles las anteriores con vendas de franela. Además, en cada alto, al ser posible, se les limpiaba con agua, y si no solamente con el mandil, los ojos, los hollares, la bragada y el ano.

HERRAJE.

El herraje empleado ha sido el ordinario; se herró el ganado dos días antes de emprender la marcha, y durante ésta, sólo hubo necesidad de renovar por desgaste dos herraduras de pie al caballo «Disturbio», otra de pie al caballo «Racimo» y por rotura otra de pie al caballo «Zelandés».

PESOS.

El peso de los oficiales, soldados y caballos así como el peso comparativo, es el que demuestra el siguiente cuadro:

Clases	Nombres	Pesos		Clases	Nombres	PESOS		
		á la salida	á la llegada			á la salida	á la llegada	10 días después
1.º Tet.º	D. Antonio Pina.	65	65	Caballo	Disturbio	388	354	374
Id.	» Manuel Maroto.	59	58	Id.	Zelandés	430	400	416
Id.	» Federico de Santiago.	56	56	Id.	Coba	419	407	411
2.º Id.	» Antonio Garbalena.	61	60	Id.	Macaco	378	464	381
Soldado	Cesareo Labrador.	55	55,5	Id.	Emigrado	354	319	335
Id.	Juan Sierra.	59	58	Id.	Hactargo	414	374	400
Id.	Vicente Rocha.	58	58	Id.	Racimo	446	404	421
Id.	Aurelio Arriscado.	59	60	Id.	Gascado	437	394	410

ESTADO DEL GANADO AL REGRESO.

El estado del ganado es bueno en general como demuestra el certificado unido á esta memoria, y no habiendo tenido la más pequeña alteración en las extremidades, es de creer con bastante fundamento que en cuanto vuelva á estar sometido á su vida ordinaria unos días, se encontrará en igualdad de condiciones que antes de emprender la marcha; diez días después de la llegada á Pamplona se volvió á pesar del ganado, notándose que todos, á excepción de uno, habían recuperado poco más ó menos la mitad del peso perdido y que el que se excluye había aumentado 3 kilogramos de peso sobre el que tenía el día de salida.

OBSERVACIONES Y CONSECUENCIAS.

Es digno de notarse el peso comparativo de los soldados que han verificado la marcha; pues se observa que, exceptuando uno de ellos que perdió un kilo de peso; otro dió el mismo peso que á la salida, y los dos restantes ganaron. Estos hombres han tenido que cuidar con un esmero constante y un interés grandísimo, dos caballos y dos equipos; han dormido en general algo menos que en su vida ordinaria, y han estado sometidos á un régimen alimenticio variable en las horas de tomarlo, en sus cantidades, en sus calidades, y en sus condimentos, no habiéndose observado en ninguno de los cuatro, la más pequeña alteración, ni molestia alguna, producidas por la fatiga, ni aburrimiento.

¿A qué se deben achacar estos efectos? Indudablemente no pueden ser producidos más que por el excesivo y continuo cuidado que con ellos se ha tenido, procurando que los alimentos fuesen nutritivos; que las horas de descanso las aprovecharan completamente; que la limpieza personal fuese un hecho; y evitándose en lo posible, el uso de las bebidas alcohólicas.

Por otra parte, el cambio de la vida monótona del cuartel es indudable que en el soldado debe ejercer gran influencia; toda vez que (nos referimos solamente á las observaciones verificadas en esta marcha), además de notarse la voluntad con que los cuatro referidos soldados verificaban su excesivo trabajo, durante las marchas por los caminos y á la llegada á los alojamientos, ínterin verificaban sus quehaceres, era casi general en ellos, la risa, el canto y las bromas.

Estando los ocho caballos que han verificado la marcha, sin una preparación

previa, efectuaron aquella con éxito satisfactorio, de modo que, sin tener que fundarse en las marchas verificadas en el extranjero como son: la de Jageradorf, verificada en 1475 (98 km. en 12 horas, sin descanso); la de 1.º Escuadrón del 8.º Regimiento de Húsares franceses, verificada en 1870 (95 km. en 10 horas); la de dos oficiales de Artillería, verificada el 6 y 7 de noviembre de 1886 Suiza (200 km.); la de dos oficiales del 5.º Regimiento Bávaro, verificada en abril de 1887 (456 km. en 5 días); la de dos oficiales daneses, verificada de Copenhague á Tollose (80 km. en 9 horas y media sin descanso), y la del príncipe August de Saxe y dos ayudantes de campo, verificada desde Dresde á Graditz (80 km. sin descanso), sino en las verificadas en España, como son, entre otras, la efectuada por el regimiento de Tetuán, desde Reus á Barcelona, en una jornada; la del regimiento de Numancia, desde Pamplona á San Sebastián, en una jornada; la de los oficiales del regimiento de Almansa, señores Ochoa y Linaceros, efectuada también entre los dos últimos puntos citados é igualmente en una jornada, y la marcha de que se trata, puede muy bien deducirse que una patrulla ó un escuadrón, en un momento dado, puede (muy bien) verificar una marcha de 100 á 120 kilómetros, continuando en los días siguientes haciendo su servicio ordinario.

Ahora bien, para poder llevar á cabo estas marchas sin preparaciones previas como se ha efectuado la actual, es preciso:

- 1.º Trabajar al ganado diariamente;
- 2.º Un cuidado y una higiene esmeradísima y;
- 3.º Un alimento que se halle lo más posible en relación con la pérdida de fuerzas producidas en el caballo por el aumento de trabajo.

Respecto al trabajo á que debieran estar sometidos los caballos del arma, no solamente sería necesario que trabajasen diariamente, sino que tanto por los hombres como por el ganado, así como también por el resultado práctico que se obtendría, debiera ser obligatorio, el que todos los años, después de dar de alta á los reclutas y terminado á su vez la instrucción de sección, éstas, al mando de sus oficiales, se dedicasen á prestar el servicio de campaña saliendo alternativamente y varias veces, á reconocer zonas cada vez de mayor extensión; de este modo el soldado se habituaba á la vida de campaña; ni el tiempo, ni los alimentos, ni las fatigas le producirían impresión alguna; el ganado se acostumbraría igualmente á los cambios de alimento como ya se indica; á la variación de cuerdas; á marchar y comer á todas horas; á marchar también de noche, para evitar las impresiones que le producen los efectos cuando se verifica aquella al obscurecer ó á la madrugada, y finalmente, de esta manera, tanto los oficiales como las clases y soldados, llegarían á conocer perfectamente el terreno del distrito donde se hallasen.

Partiendo de la verdad grandiosa, de que no se debe ejecutar nada en tiempo de paz, que no sea de utilidad práctica en la guerra, es de suponer con fundado motivo, que bastante más provecho se sacaría con lo que se indica que con las instrucciones.

Respecto á los alimentos, se hacen las consideraciones siguientes, que deben sin duda alguna tenerse en cuenta. Por medio de la alimentación se sabe que el caballo acumula la energía necesaria para atender á las necesidades de su trabajo interior, de su trabajo exterior, y de su trabajo útil, que componen su tra-

bajo total. Cuando se regula esta alimentación de tal manera, que dé en los cambios nutritivos la energía suficiente, el caballo conserva su propio peso; en el caso contrario, separa una parte de su propia materia para cubrir el déficit y llega, como es consiguiente, al aniquilamiento.

Ahora bien, siendo la cebada la base del alimento que ordinariamente se da al ganado en los regimientos, y al cual está sometido continuamente, es muy general, como ha sucedido en esta marcha, el dar el pan empapado en vino al ganado las primeras veces (y casi siempre cuando se les daba las harinas de lino), que cuando por circunstancias especiales se le cambia de alimento lo rehusan. Esto en guarnición no tiene importancia alguna, pero en una operación de interés (ya sea en paz, ó en guerra principalmente), que no pueda llevarse la cebada sobre el caballo y que al ir aprovecharse de ella no se encuentra, que por efecto de la clase de marcha se quiera dar alimento más nutritivo ó asimilable para el ganado, si éste lo rehusa por las razones dichas en el párrafo anterior, no hay duda de que, el que vaya mandando la fuerza, se ve comprometido, pues está expuesto á no poder llevar á cabo la misión que se le ha confiado. De aquí que el caballo de guerra debiera acostumbrársele á comer toda clase de alimentos vegetales y animales, como igualmente debiera sometérsele, de vez en cuando, á no tomar alimento ni bebida en veinticuatro horas, con cuya práctica se evitaría el decaimiento que les producen el dejar de tomar un solo pienso á la hora acostumbrada.

Respecto á la cantidad del alimento, la ración diaria debe ser calculada según el trabajo que haya de efectuarse, teniendo en cuenta que es siempre mejor excederse un poco de la cantidad debida que no llegar á ella.

Si se excede, los caballos nutridos con demasía ganan en peso, pero como sabemos que un caballo no debe de estar demasiado gordo, toda vez que la grasa perjudica al trabajo muscular, haciendo gastar en pura pérdida el trabajo necesario para la locomoción, que los músculos voluminosos, salientes bajo la piel, funcionan mejor que los pastosos ó masas grasosas subcutáneas, basta que el entretenimiento del caballo sea lo suficiente para que éste se mantenga enjuto de carnes y en buen estado de salud.

A. P. C.

Primer Teniente del Regimiento de Treviño.

REVISTA DE LA PRENSA Y DE LOS PROGRESOS MILITARES

APLICACIÓN PRÁCTICA DEL NIVEL DE AGUA EN LAS CONSTRUCCIONES.

Tomamos del *Scientific American* del 13 de octubre de 1900 la noticia de una sencilla y útil aplicación práctica del nivel de agua en las construcciones murales, aplicación que ofrece la ventaja de hacer fácil y expedito el trabajo.

Ese nivel consiste en un tubo muy largo de goma, de 12 milímetros de diámetro interior, terminado en cada extremo por otro tubo, de vidrio, de unos 40 centímetros de longitud y de superficie lateral graduada ó simplemente lisa: en este último caso, cada uno de esos tubos va ceñido por un anillo, el que,

pudiendo correrse suavemente á voluntad del operador, sirve de línea de fe en la medida de la altura del nivel.

Llénase de agua el tubo de goma y los de vidrio, y, para evitar que el líquido se vierta cuando, por no emplearse el aparato, los tubos están caídos, cierra la boca de éstos un tapón, que se quita cuantas veces se opera con el instrumento á fin de que el agua pueda tomar, por sí sola, el nivel.

Si se trata, por ejemplo, de emplear el instrumento en cuestión en la nivelación de dos puntos de un muro en construcción, dos operarios aplican los tubos de vidrio contra el paramento del mismo, cada uno en uno de esos puntos, y señalan en aquéllos, valiéndose del anillo de fe, el nivel que alcanza el agua: de este modo se obtendrá la altura relativa de los dos puntos considerados.

El mismo instrumento puede emplearse con ventaja, sirviéndose de mangos, para medir las profundidades y, en general, en todos los casos en que, por circunstancias especiales, no sea fácil ó posible operar con el nivel común de agua ó con otro instrumento similar.

(Rivista di Artiglieria e Genio).

INGLATERRA.

Promoción al generalato. — Después de la duras lecciones recibidas en la guerra sudafricana, el gobierno inglés viene preocupándose del problema de crear instituciones militares más poderosas de lo que han sido hasta aquí.

Según la *United Service Gazette*, uno de los puntos ya resueltos es el consagrar los mayores cuidados á la constitución de un estado mayor general á la altura de sus importantes funciones. Al efecto, se establece que no habrá plantilla fija de mayores generales y de tenientes generales, ni derechos de antigüedad para la promoción á estos puestos; los cuales, en lo sucesivo, se darán sólo por elección, tomando por base la aptitud especial demostrada por los coroneles.

(Revista Militar portuguesa.)

ADVERTENCIA

Se desea adquirir dos colecciones de la 1.^a serie de la Revista, la cual serie comprende nueve tomos; y además algunos tomos de la 4.^a serie, año 91, tomo II. Dirigirse al Administrador de esta Revista, indicando precios.